



María Galiana y Juan Echanove, en escena.
:: DAVID RUANO

CRÍTICA DE TEATRO ANTONIO ARCO

¡LA MADRE QUE LOS PARIÓ!

María Galiana y Juan Echanove, inolvidables en 'Conversaciones con mamá'

Pues menos mal que Juan Echanove no se cansa de repetir que 'Conversaciones con mamá' es «una comedia», si bien matiza que «una comedia romántica», porque si llega a ser un drama, aunque fuese un drama romántico, no solo dejaría en mantillas a 'Lo que el viento se llevó', sino que todavía, a estas horas, estaríamos allí,

en el teatro, enjugándonos las lágrimas; eso sí, llorando con mucho gusto. Lo digo, entre otras cosas, porque me encontré, veinte minutos de haber acabado la representación –¡enorme ovación!–, retirando el coche del 'parking' con mi vecina de palco, y todavía seguía ésta llorando sin consuelo.

Glups. Total, que tras descartar que no era por el sablazo salvaje que te pegan por dejar el vehículo unas horas allí, le dije que no se preocupase por ellos: que María Galiana gozaba de una salud y un apetito estupendos y que Juan Echanove, jurado, es uno de los tipos más felices que conozco. Pero ella seguía dándole al pañuelo.

Y es que 'Conversaciones con mamá' te deja algo herido el corazón, te emociona de pies a cabeza, te zarandeja la sensibilidad, te pone sensible, te interroga sobre tu propia vida, te asusta un poco, te desconcerta y hace que termines con las manos ardiendo de tanto aplaudir; pero, también es cierto y hay que decirlo ya por la vía rápida,

todo eso no es incompatible con una verdad verdadera que viene muy bien en estos malos tiempos que corren a toda mala leche: te ríes muchísimo, te diviertes, te alegras mucho de haber ido al teatro, te lo pasas de miedo, te quedas con ganas de gritarle a María Galiana '¡viva la madre que te parió!' –o se lo gritas incluso–, y compruebas una vez más lo grande que es Juan Echanove: como actor y, aquí también, como director. Estos dos 'pájaros' de la escena de muy altos vuelos logran con 'Conversaciones con mamá' un milagro: lo que vemos, seducidos, es la vida al desnudo; tan descarnada, espléndida, impagable y terrible como solo ella lo es. La vida y la muerte, a la que tras ver esta función da la impresión de que le vas a tener menos miedo, pero mucho más respeto.

Explica muy bien el argumento al público, en el programa de mano, el propio Echanove –qué fiera y con qué pasión se entrega a su trabajo–: «Mamá vive en una casita de una sola planta. Vive aferrada a sus rutinas... al valor de lo cotidiano. Mamá es feliz. Ni más ni menos. ¡Es feliz! Jaime, su hijo, vive en un chalet de las afueras de Madrid. Está casado con Laura, tiene dos hijos... y una suegra. Y ese 'castillo de naipes' que es su elevado nivel de vida se está desmoronando por culpa de una crisis en la que está metido de lleno. Jaime visita a mamá para pedirle ayuda, y mamá pone delante de sus ojos, con enorme sabiduría y sentido del humor, un espejo en el que Jaime, a lo largo de la función, irá descubriendo sus miserias».

Varias cosas: lo que Jaime le pide a su madre es que venda su casa, le dé el dinero y –¡ya, ya!– se vaya a vivir con ellos. Por supuesto, la madre

no traga y además, le suelta una bomba: a sus 82 años mantiene una relación con un 'joven' de 69 años, argentino y pobre de solemnidad como las ratas pobres de solemnidad, y está más contenta que unas castañuelas; y eso que su único hijo, por supuesto al que adora, lleva años sin hacerle ni puñetero caso. ¡Ah! Que no se me olvide decirles que la madre no soporta a la suegra de su hijo y que, sin la menor duda, preferiría que le pasasen por encima todos los elefantes de Atila antes que tomarse con ella un chocolate (con o sin churros).

Y, sí, con este argumento tan de andar por casa, construido con mucha soltura por Jordi Galcerán a partir de la historia llevada al cine por el argentino Santiago Carlos Oves, María Galiana y Echanove hacen maravillas: multiplican los peces y los panes que da gloria verlos, se dedican la función a sí mismos, se lo pasan en grande, están deliciosamente cómodos en sus personajes, se entregan con enorme generosidad y, desde el primer momento, enganchan al espectador, al que después van llevando, de sorpresa en sorpresa, por caminos inesperados pero reconocibles por todos.

Este montaje, que ha dirigido con tino Echanove contando también con el buen hacer del equipo artístico, está perfecto de ritmo, de realismo, de poesía, de humor, de ternura, de tristeza y de un imponente 'tour de force' entre sus dos protagonistas. Si hablamos de montajes teatrales con una madre de por medio, no había visto algo tan bueno desde 'Buenas noches, madre', de Marsha Norman, con Mari Carrillo y Concha Velasco. Y terminas acordándote de 'La lluvia' de Borges: triste, mágica, hermosa. Y viéndola, y sintiéndola a tu lado.